

La enseñanza del proyecto en un entorno cambiante

PABLO FRONTINI

Pablo Frontini es Doctor en Arquitectura (2013) por la ETSA Barcelona y Arquitecto (2000) por UDELAR. En España (2000–2014), formó parte del Laboratorio de Arquitectura, ETSAB, UPC, liderado por Helio Piñón y del Estudio de Arquitectos AH Asociados, en Barcelona y Pamplona. Actualmente es miembro del Comité Académico de Doctorado, Profesor de la Maestría en Arquitectura y del Taller Velázquez en FADU, UDELAR. Es Profesor Titular de Proyectos en la Facultad de Arquitectura de la Universidad ORT y Profesor Invitado en múltiples Facultades de Arquitectura en América y Europa. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

Breve síntesis del estado de situación

Sin pretender ofrecer un diagnóstico de la situación actual, estas notas buscan enumerar, de forma concisa, algunas causas y posibles enfoques potenciales para abordar los temas urgentes de la agenda contemporánea local en lo relativo a la enseñanza de proyecto de arquitectura. Se busca presentar una alternativa viable para señalar las complejidades existentes en la gestión académica, al tiempo que se promueven nociones disciplinares que, en el intento por resolver cuestiones operativas, corren el riesgo de ser minimizadas.

En un entorno cultural, académico y profesional inmerso en un profundo proceso de cambios sin precedentes, las formas de comprender la transmisión de conocimientos y la construcción de un diálogo académico están variando con fuerza. Esta transformación se relaciona dinámicamente con los criterios generales que, con sus ventajas y desventajas, habían orientado las prácticas educativas en las últimas décadas.

CAMBIOS EN EL EJERCICIO PROFESIONAL Y EN LA INDUSTRIA DE LA CONSTRUCCIÓN

a. Debilidades en el modelo del arquitecto liberal

La concentración del mercado en manos de grandes desarrolladores ha limitado las oportunidades para el ejercicio independiente de los arquitectos, debilitando la figura del profesional liberal. En este contexto, será

fundamental que la formación académica preparara a los estudiantes para afrontar estos desafíos y explorar nuevas rutas de desarrollo que respondan a las demandas contemporáneas.

b. Industrialización de la construcción

La adopción de tecnologías emergentes en la industria del país ha desplazado algunas técnicas constructivas tradicionales, privilegiando procesos industrializados cuyo comportamiento a largo plazo no ha sido verificado con certeza. Esta transición plantea desafíos en la preservación del conocimiento técnico existente y genera incertidumbre respecto de la sostenibilidad de algunos de los nuevos métodos constructivos, a la vez que plantea un marco inestable en la enseñanza de procedimientos constructivos duraderos.

c. Impacto del resultado económico

En la actualidad, muchos de los proyectos inmobiliarios priorizan la maximización del retorno financiero, lo que ha debilitado el rol del arquitecto y afectado la calidad del diseño. Esta dinámica pone en riesgo la función del proyecto arquitectónico como una herramienta de mejora urbana, subordinándolo, en ocasiones, a intereses estrictamente económicos, lo que compromete su valor cultural y social.

CAMBIOS SOCIALES QUE INFLUYEN EN LA ENSEÑANZA

A continuación, se enumeran solo tres de estas inflexiones que influyen directamente en el proceso educativo específico.

a. Masividad estudiantil

El número de estudiantes universitarios está en aumento y, debido a la pandemia y a otras razones de máxima complejidad, a veces ingresan a la facultad con singularidades que no eran tan ostensibles con anterioridad y deben ser atendidas con máxima responsabilidad.

b. Irrupción inexorable de las nuevas tecnologías de comunicación y de la inteligencia artificial

Estas representan un cambio sin precedentes en el relacionamiento interpersonal y en los modos de aprendizaje, intercambio y producción de conocimientos.

c. Advenimiento de las nuevas tecnologías de representación

Este fenómeno está íntimamente relacionado con el punto anterior. El dominio —o, al menos, el uso eficiente— de estas nuevas herramientas es imprescindible para que la enseñanza y el aprendizaje de la arquitectura sean más efectivos.

CAMBIOS ESTRUCTURALES EN LA FADU-UDELAR

Por otro lado, dentro de la facultad se está experimentando una transformación profunda, impulsada tanto por dinámicas internas como por factores externos que, en ocasiones, superan las competencias propias de la institución. El principal desafío consiste en comprender este nuevo horizonte de posibilidades intentando preservar lo más valioso que posee: una enseñanza de arquitectura, diseño y urbanismo de calidad. Este disruptivo proceso de cambios busca encontrar nuevas estrategias para la formación, en consonancia con lo que la Universidad de la República (Udelar) está implementando a nivel general.

Además, dentro de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo (FADU) se ha producido un hito relevante que ha modificado las prácticas docentes en todos los niveles: el cambio del Plan de Estudios (2015), diseñado para responder a los desafíos contemporáneos y adaptar la formación a nuevas exigencias académicas y profesionales.

Asimismo, el nuevo Estatuto del Personal Docente (2021) ha introducido un marco normativo que transforma la organización y las dinámicas del cuerpo docente, con implicaciones significativas que impactan en sus tradiciones más arraigadas. Entre los cambios más relevantes se destacan la creación y el fortalecimiento de institutos y departamentos, la profesionalización del cuerpo docente y la efectivización de cargos.

Otra transformación relevante es la creciente demanda de formación de posgrado, requisito indispensable para acceder a grados académicos superiores. Esta exigencia, que aporta necesaria calidad al diálogo académico, no debe excluir a quienes pueden contribuir desde una reconocida práctica profesional.

Por otra parte, se le suma al cuerpo docente el requisito de realizar actividades de investigación y extensión, en el intento de garantizar una formación más integral, acorde a la misión universitaria. Además, se agrega la complejidad de la supresión de la figura del docente honorario y se promueve una dedicación profesionalizada, la consolidación de la edad de retiro obligatorio, múltiples políticas de igualdad de género y diversas iniciativas que amplían la complejidad y, en muchos casos, potencian el nuevo escenario.

Esta breve y esquemática síntesis pretende mostrar la gran diversidad de los procesos en curso en la FADU y pone en evidencia las dificultades para abordar cuestiones académicas y disciplinares debido a la prioridad que, inevitablemente, se está dando a la resolución de problemas operativos.

En definitiva y como siempre —aunque ahora más que nunca—, todo está inmerso en un movimiento continuo y veloz, que impacta fuertemente sobre la eficacia de la enseñanza y sobre cualquier certeza que se pueda presuponer.

Nuevo horizonte de posibilidades

¿Dónde se puede encontrar claves efectivas para lograr una enseñanza clara y eficaz del proyecto en estas circunstancias? Si bien es imposible dar una res-

puesta de este calibre, se intentará enumerar algunos criterios básicos que, aunque experimentales, podrían ayudar a destrabar algunas situaciones de alta complejidad en el ámbito local.

ESTÍMULO DE LA COLABORACIÓN ACADÉMICA

En las siguientes líneas se trata de reflexionar acerca de algunos cambios que se han ido implementando en los últimos tiempos dentro de algunos espacios de la facultad, con resultados positivos, al menos por el momento.

Por un lado, el prestigio académico parece consolidarse en torno al reconocimiento tanto de los logros académicos como profesionales, legitimados por concursos y valoraciones entre pares. Este enfoque refleja una concepción más dinámica y relacional de la autoridad, en la que el reconocimiento mutuo y la interacción constante entre los actores académicos resultan esenciales para su validación y permanencia.

Por otro lado, la colectivización comienza a promover un ambiente de trabajo colaborativo en el que los miembros del equipo pueden contribuir en la toma de decisiones. Esto puede resultar en una mayor cohesión y un sentido de pertenencia entre académicos, lo que a su vez puede mejorar el compromiso con la institución.

Entre algunas de sus ventajas podría nombrarse:

a. Diversidad de perspectivas

Al cambiar el tono de las jerarquías tradicionales, se permite que diversas voces y experiencias sean escuchadas en los procesos de dirección. Esto no solo podría enriquecer la toma de decisiones, sino que también podría asegurar que las políticas y estrategias puestas en práctica reflejen una variedad de necesidades y opiniones dentro de la comunidad académica.

b. Mejora en la calidad educativa

La gestión colectiva podría facilitar una mayor atención a la calidad educativa, ya que involucra a múltiples actores en el diseño y la implementación de programas académicos, lo que podría conducir hacia una educación más inclusiva y adaptada a las necesidades cambiantes del entorno educativo.

c. Desarrollo profesional compartido

Compartir estos espacios podría impulsar el desarrollo profesional continuo entre los miembros de un equipo, puesto que se distribuyen responsabilidades y desafíos. Esto puede resultar en un aprendizaje mutuo más efectivo y en el fortalecimiento de competencias colectivas.

d. Adaptabilidad y resiliencia

Las organizaciones con estructuras colectivas tienden, a veces, a ser más adaptables a los cambios externos e internos, ya que pueden responder rápidamente a las necesidades emergentes del entorno educativo, en un mundo académico que enfrenta constantes transformaciones.

e. Participación activa de la comunidad educativa

La dirección colectiva de espacios académicos puede facilitar una mayor participación de estudiantes, lo que fortalece el sentido de comunidad y mejora la comunicación.

Por otro lado, también parece cierto que una mayor participación en la toma de decisiones demanda un mayor nivel de compromiso académico de quienes intervienen en estos procesos, lo que genera un marco de derechos más amplio, pero también implica obligaciones más exigentes.

En este contexto, el taller vertical se presenta como un espacio privilegiado para fomentar este tipo de afinidades. Su escala y estructura, unidas a una tradición que, en la mayoría de los casos, se intenta proteger, resultan adecuadas para implementar líneas pedagógicas coherentes, en las que la participación sea tanto inclusiva como eficiente.

Finalmente, los talleres constituyen potentes fuerzas académicas, capaces de generar pensamiento crítico y producción avanzada, además de interactuar fluidamente con otros ámbitos de la facultad. Estos espacios de reflexión y creación cuentan con el potencial —y en algunos casos ya lo hacen con éxito— de articular su producción con institutos, departamentos y centros de la facultad, fomentando la integración de distintos campos de conocimiento especializado. Sistematizar esta interacción no solo enriquecería el diálogo cultural, sino que también fortalecería la incidencia de la institución en la sociedad en su conjunto.

LA NECESARIA MISIÓN DE LA ARQUITECTURA

A pesar de los profundos cambios que afectan a la enseñanza del proyecto —sólo esbozados parcial y brevemente aquí—, persisten en la disciplina elementos esenciales que trascienden el tiempo. Estos principios, vinculados a una arquitectura de calidad, han superado distintas turbulencias históricas y pueden resultar útiles como base para enfrentar los retos actuales en la enseñanza del proyecto arquitectónico.

Esta, en su sentido más profundo, trasciende la mera transmisión de habilidades técnicas o funcionales. Es un proceso formativo integral que confronta tanto a estudiantes como a docentes con la dimensión material, técnica y cultural del proyecto, exigiendo tanto precisión como el establecimiento de un juicio estético que remita a lo universal.

La docencia en proyectos arquitectónicos debería integrar la historicidad de la obra, la técnica aplicada, la inserción en el entorno urbano y social, y las complejidades propias del proyecto. Enseñar a proyectar no es únicamente formar en la producción de edificios, sino cultivar una sensibilidad que conecte la obra arquitectónica con el mundo.

a. La relevancia de la historicidad en el proyecto

Cada obra es un acto presente que lleva inscrito un pasado, y en la medida en que esa inscripción sea consciente, su relevancia se proyecta hacia el futuro.

Seguramente no exista una creación arquitectónica exenta de referencias: la forma de un edificio no ha sido nunca una invención absoluta, sino que emerge como parte de una genealogía cultural que nutre cada propuesta. Parece crucial enseñar a pensar el proyecto como una continuidad del legado histórico, promoviendo una reelaboración consciente de la tradición arquitectónica en clave contemporánea.

Por lo tanto, la historia no debería ser entendida como una carga que debe ser superada: es una matriz de posibilidades desde la cual la forma surge reactivada en su entrelazamiento con las técnicas constructivas disponibles en el momento de la concepción del proyecto. Un proyecto sin conciencia de historicidad corre el riesgo de convertirse en un objeto efímero condenado a la trivialidad. Lo que hoy parece original puede volverse irrelevante si no establece un diálogo significativo con la tradición arquitectónica. En este sentido, enseñar a proyectar es formar una mirada capaz de encontrar en la historia no un repertorio cerrado, sino un campo de operaciones en constante transformación.

b. La arquitectura como interacción con el entorno

Toda obra arquitectónica se inscribe en un contexto físico, social y cultural que no puede ignorar. Enseñar a proyectar significa educar la mirada y entender el sitio, no para disolverse en él, sino para establecer un diálogo significativo. El entorno no es un mero telón de fondo, sino que tensiona la obra y, al mismo tiempo, es transformado por ella.

La arquitectura que responde al entorno logra trascender la simple función para convertirse en una síntesis entre la especificidad del enclave y la aspiración a lo universal. Esto implica que, en la enseñanza de proyectos, sería aconsejable preparar al estudiante para desarrollar una mirada relacional, entendiendo el edificio no como objeto aislado, sino como nodo en una red de vínculos que el proyectista debe ser capaz de percibir y articular.

c. La universalidad de la forma

Proyectar implica encontrar lo universal en lo singular, es decir, descubrir aquello que, aunque arraigado en una situación particular, posee un valor trascendente. La experiencia estética, aunque individual, tendría que aspirar a superar la subjetividad mediante un «juicio reflexivo», según la noción kantiana, evitando una interpretación meramente superficial del gusto.

Aunque cada obra es experimentada desde la sensibilidad personal, el juicio estético debería aspirar a ser compartido por otros. Esto implica reconocer la adecuación entre medios y fines, apreciando la coherencia, proporción, economía y pertinencia de la obra. La excelencia arquitectónica radica, posiblemente, en revelar lo esencial, haciendo que cada elemento contribuya a la unidad del conjunto.

La universalidad no significa homogeneización ni imposición de un estilo único, sino justamente lo contrario: la capacidad de la obra para resonar en

diferentes contextos y tiempos, encontrando eco en la sensibilidad y la razón más allá de lo local o lo temporal.

d. El proyecto como creación abierta

En última instancia, enseñar a proyectar significa enseñar a aceptar la incertidumbre inherente al proceso creativo. Todo proyecto es una forma de anticipación: un intento de imaginar lo que aún no existe y darle forma en el presente. Pero la obra arquitectónica, como toda obra de arte, nunca es un resultado definitivo. Siempre permanece abierta a nuevas interpretaciones y apropiaciones que la transformarán con el tiempo.

La precisión del trazo no contradice la apertura a lo inesperado, sino que la prepara. Como en la música bien compuesta, donde cada nota es necesaria y, sin embargo, la interpretación es siempre única, el proyecto arquitectónico es una estructura abierta al paso del tiempo. Enseñar a proyectar es, finalmente, enseñar a entender ese tiempo: a comprender que toda obra es un fragmento en un continuo, un eslabón en la cadena infinita de la creación humana. Y en ese continuo, cada proyecto es una promesa de futuro que, como una melodía suspendida en el aire, espera ser completada por quienes la experimentan.